



HISTORIA DE LA LITOGRAFIA.

INVENCION DE LA LITOGRAFIA.—EL ASTROLABIO EN 1580.—EL ABATE SCHMIDT Y ALOYS SENEFELDER.—LA LITOGRAFIA APLICADA AL ARTE POR EL PROFESOR MITTERER.—SU INTRODUCCION EN FRANCIA.

En el pueblo de Solenhofen, cerca de Munich, hay una cantera de piedra caliza, cuyo grano de color amarillento es fino y poco poroso como el del mármol, siendo muy susceptible de reducirlo á pedazos planos, circunstancia que la hace mas recomendable aun. Esta mina se explota en el país desde tiempo inmemorial, y el pavimento de muchas casas y mezquitas del Oriente es de esta preciosa piedra.

Su naturaleza química, que es un compuesto de carbonato de cal,

de sílice, de alumbre y de óxido de hierro, la hace igualmente penetrable á los cuerpos grasientos, al agua y á aquellos ácidos que unidos como el ácido cítrico y ácido hidro-cloro, la atacan vivamente y la descomponen; pero estos agentes no surten el mismo efecto con los cuerpos grasientos, porque se cubre de grasa una parte de la piedra, y la protege contra la accion corrosiva. Conocidas ya estas propiedades en el siglo XVI, dieron la idea de esta útil medida para ejecutar los dibujos, haciéndola picar con agua fuerte, á la manera de nuestros grabados.

En Munich hay muchas piedras trabajadas en diversas épocas por este procedimiento, contándose tambien un astrolabio que data de 1580, espuesto en el Museo de la escuela gratuita de dibujo.

En los últimos años del siglo XVIII, el abate Schmidt, profesor de la escuela de segundonas, empezó á hacer por este medio varias pruebas en presencia de sus discípulos. Es fácil conocer que estas planchas

no se diferenciaba de los grabados sobre boj más que en la materia y en los procedimientos de ejecución. De esta modo es como se compraba hoy la litografía.

Por la misma época vegetaba en el teatro un pobre cantor, que sintiendo en su cerebro los destellos de fuego poético, resolvió aprovechar los beneficios de autor dramático con los pequeños ahorros que le había proporcionado el canto. Para ello compuso varias piezas que no alcanzaron un éxito muy feliz. Como todos los autores que presencian el mal resultado de sus producciones, protestó del mal gusto de sus contemporáneos, y dijo que la posteridad le haría justicia. Ningun editor quiso admitir las obras del pobre Aloys Senefelder, y él mismo tuvo que suplir la mala voluntad de los libreros, convirtiéndose en editor de sus producciones del mismo modo que lo hizo Franklin. Pero aun así tuvo que luchar con grandes y nuevas dificultades: Senefelder no era litógrafo como el autor del *Buen Ricardo*, ni tenía caracteres, ni prensa, ni dinero con que comprarlo. Para suplir al primer y principal objeto, pensó en grabar las letras en una lámina de boj. Si Senefelder hubiese sabido grabar, habría vuelto á hacer mas ensayos en este mismo método como Güttemberg y Fuster; su ignorancia lo preservó de dar esta segunda edición del origen de la imprenta; pero debió producirla bajo una nueva forma.

Después de mil proyectos y mil ensayos inútiles, volvió á comenzar con sus primeros fondos una plancha de cobre, sobre la que hizo grabar, por medio del agua fuerte, muchas páginas de su obra, que tiró en una prensa improvisada, páginas que levantaba y borraba luego para dar lugar á otras nuevas. Este procedimiento tan sumamente sencillo era del todo nuevo; pero la dificultad estaba en que Senefelder, tan extraño al arte de escribir al revés y de hacer picar una plancha con el pouzon de acero, se vio obligado á dar principio á su aprendizaje. Los numerosos ensayos que tuvo que hacer redujeron necesariamente el grueso de la plancha, y él se desesperaba viendo que no podía reemplazarla, porque tenía que dedicar largo tiempo á escribir. La indigencia del editor conspiraba siempre contra la gloria del autor.

Estos tormentos de la miseria, que ordinariamente matan la imaginación, fueron causa de que por el cerebro de Senefelder cruzara una idea luminosa. La piedra de las canteras de Solenhofen, que él pisaba todos los días, cuyo grano era tan fino y cuya superficie tan tersa, ¿no podrá reemplazar al cobre para sus ensayos? Se puso á trabajar con ahínco sobre una baldosa delgada, y vió que su ocupación no era costosa. Abandonó la plancha de cobre, y la substituyó con una modesta piedra de Solenhofen, preparando así una especie de revolución.

Nadie podía presagiar entonces el porvenir artístico é industrial que se iba á obrar. Senefelder hacia diariamente ensayos de escritura al revés, sirviéndose para ello de una pluma de acero, en lugar de la punta del huiril del grabador, y cubriendo para economía su piedra con una tinta grasienta jabonosa en lugar del barniz. Pero un día esta piedra muy pulimentada llegó á ponerse blanca: era uno de esos días que el libro del destino señala de color encarnado, y aunque menudas poelien, era de felices consecuencias para Senefelder. No teniendo un pedazo de papel blanco á su disposición para escribir lo que de repente se le ocurría, pudo adquirir un *Krentzer* para comprar una hoja.

Falta de medios, escribe la nota con su tinta grasienta sobre el estremo de su piedra para copiarla mas tarde.

Apenas concluye de hacerlo, cuando guiado por una súbita inspiración, se pregunta si por casualidad el ácido de que él se servía para hacer picar el cobre, y que debe respetar su tinta grasienta tan bien como el barniz para grabar, no tendrá sobre la instancia de la piedra desusada bastante acción para dar á los caracteres trazados por la pluma un relieve suficiente que permita tirar las pruebas de impresión. No se había hecho ilusión. Las partes deseadas de la piedra, descompuestas por el ácido, se hallaban demasiado gastadas para dejar á las partes protegidas por la tinta mas espacio que el grueso de una carta de juego. No pretendía mas que hallar el medio de dar tinta sin pingar los caracteres. Un sombrero plano substituido después de una multitud de ensayos infructuosos por las almohadillas que usaban los impresores tipógrafos, llenó completamente sus deseos.

Tenemos ya á Senefelder que llega después de muchísimo trabajo y paciencia á dar los primeros pasos en la litografía; es decir, que ya un poco mas adelante de cuando él proyectaba hacer con una regla las líneas preparadas, de modo que formaran palabras compuestas. Pero este medio estaba ya para conseguirse, y por esto no pidió á su imaginación demás. Si el punto de partida se halla igual para las dos artes, las dos artes que emprenden las conducen á dos objetos bien diferentes.

Senefelder estaba en completo acuerdo con el abate Schmidt, pero el procedimiento inventado por este profesor permanecía demasiado largo en sus manos. Senefelder, dotado de un espíritu activo y emprendedor, aguijoneado por el deseo de su gloria de autor y por las

necesidades de la indigencia, apresuró los medios de su feliz descubrimiento, cuyo provecho, según ordinariamente sucede, no debía servir de recompensa al inventor.

Los detalles de todos los trabajos que Senefelder ensayó frecuentemente para sacar de su invención todo el partido que se prometía y la impresión económica de sus obras, ofrecen poco interés para nuestros lectores. No importa mucho mas saber cuántas formas de sombreros fueron sucesivamente inventados y desechados, cuántas modificaciones se hicieron en las combinaciones de prensas para imprimir, usando el grabado en dulce y la litografía; pues los accidentes y las causas de desahiento, agravadas casi siempre por la angustia, se multiplicaban y se sucedían sin cansar nunca la perseverancia de Senefelder. Esto sucedió en 1798, en que el procedimiento de la *impresión química sobre piedra* (primer nombre que se dió á la litografía) empezó á tomar un buen aspecto, que mereció fijar la atención pública, dando lugar á que se creara un establecimiento que empezó á sentir bien pronto las revoluciones de la fortuna. En 1799, Senefelder se asoció á un músico compositor llamado Gleisner, alcanzando del rey un privilegio por diez años para usarlo en toda la Baviera.

En 1800 formó una segunda sociedad en Offenbach con los tres hermanos Andrés, y todos cuatro se propusieron extender por París, Londres, Viena y Berlin el conocimiento de este nuevo arte; pero obtuvieron mal resultado en las dos primeras ciudades, y en París los hermanos Pleyel hicieron tambien algunos ensayos desgraciados.

Dos años mas tarde volvió á ensayar una nueva tentativa Andrés de Offenbach en París con el mismo resultado que los anteriores; hasta que Andrés vendió el secreto del procedimiento á Choron, célebre fundador de la escuela de música sacrada, y á Mr. Balthard, tan hábil grabador como arquitecto distinguido; pero ni uno ni otro supieron sacar el partido que se debía.

En 1804 un discípulo íntimo de Senefelder publicó lo poco que sabía del secreto de la invención; pero fué bastante para que lo esplotara muy tímidamente la escuela de dibujo de Munich, siendo necesario que dicha escuela apelara á los hermanos de Senefelder para que completaran las imperfectas nociones dadas por el tránsito.

Un profesor lleno de celo entrevió desde luego, aunque confundidamente, el partido que se podía sacar para la enseñanza del dibujo del nuevo descubrimiento trasado por las preocupaciones de su autor, acerca de la impresión de la escritura y de la música. El laboratorio de química de la escuela proporcionó al innovador los medios de multiplicar los experimentos por medio de la composición de su lápiz y la preparación de las piedras; saliendo de aquí los primeros modelos para el dibujo á lápiz ejecutado por el lápiz mismo. Esta vez la *impresión química* ha sido conquistada por el arte; la litografía es realmente inventada, y el nombre del profesor Mitterer debe en buena justicia hallarse escrito por el reconocimiento público al lado del de Senefelder.

Es demasiado notable que las dos fases principales de la litografía han tenido lugar en la misma ciudad, en Munich. Si Senefelder hubiera concebido su primera idea lejos de la abundante cantera de Solenhofen, donde toda la piedra reúne las cualidades químicas mas superiores que exige la litografía, es casi seguro que la invención no hubiera logrado por entonces resultado alguno, aunque la imprenta tipográfica pudo ser inventada lo mismo en Alemania que en cualquier otro país de Europa.

En la escuela de dibujo de Munich se hicieron dos modelos al lápiz, y en un establecimiento formado en 1806 por el baron de Cotta, se sacó del grabado en dulce el primer tratado que ha aparecido sobre la litografía, que fué sumamente útil para la propagación del nuevo arte.

Durante este tiempo Senefelder se ensayaba en aplicar la litografía á la impresión de las telas; pero no sacó resultado alguno por los reconocimientos políticos que tuvieron lugar en aquella época. Viendo que en todas partes se le hacían usurpaciones y que su privilegio era un dique impotente contra los competidores, se resolvió á formar sociedad con el baron Abelin.

Sucedióle poco tiempo después M. Mannich, director del museo, y bajo sus auspicios apareció la primera obra verdaderamente artística que la litografía ha dado á luz; esta obra es una colección de *fac-similes* de dibujos de Rafael, Miguel Angel, Alberto Durer, y otros grandes maestros, que forman parte del gabinete del rey de Baviera. Estos *fac-similes*, obra de dos artistas bávaros, MM. Strixner y Piloti, han sido ejecutados como los originales.

El nuevo arte se extendió por Italia é Inglaterra, recibiendo el nombre de *poli-litografía*; pero en Francia no mereció aceptación alguna. Demou, director del Museo Imperial, y el general Lejeune, habían aprovechado la ocasión de la célebre campaña de 1807 para adquirir todos los conocimientos sobre la litografía. Un artista llamado Lomet fué mas lejos aun, pues trasportó á París una plancha ejecutada por él mismo en Munich. La prueba no pudo ser mas concluyente;

pero nada pudo vencer las prevenciones de un gobierno receloso, que temiendo la influencia que conlucaba á ejercer la litografía, vela el medio que proporcionaba este arte para establecer y aumentar las imprentas clandestinas. Marenbach solicitó la autorización en 1810; pero como Andrés Offenbach, luchó con mil inconvenientes sin resultado alguno.

A fines de 1814, G. Engelmann introdujo definitivamente la litografía en Francia por la fundación de su establecimiento Mulkoussé, de donde salieron producciones tan notables, que lograron fijar la atención de la Sociedad de Fomento.

En 1816 y 1817 creció tanto su crédito en París, que no bastando el establecimiento de Mulkoussé, se formó otro fundado por uno de los hombres más respetables de aquel tiempo, el conde de Lasteyrie, que había estudiado la litografía en Alemania el año de 1812.

ESTADO DE ESPAÑA

EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE FELIPE II,

SEGUN VARIOS HISTORIADORES Y ECONOMISTAS ANTIGUOS,

POR D. FLORENCIO JANER.

Como pasatiempo histórico vamos á describir el estado de España en los primeros años del reinado de Felipe II, sin que por esto suscribamos nosotros á la opinión algun tanto exagerada de los economistas é historiadores antiguos, de quienes tomamos los siguientes curiosos datos.

Como una de las causas principales de la decadencia de nuestra España, debe figurar en primera línea la falta del don de consejo, segun los economistas del siglo XVII; pues si le poseyera, con los dones que ha prodigado la naturaleza sobre su suelo, se bastara á sí misma para sobresalir en labranza, en industria y en comercio, y se bastara tambien para, con estas dotes riquísimas, señorear con inmenso poderío las demás naciones del orbe. Aparte de la posicion geográfica de la península, que ha merecido ser llamada por los escritores antiguos *principio y cabeza de todas las regiones del mundo*, parece que la naturaleza se complació en cubrirla de un clima suave, y hermamar en su seno los productos tanto de la zona templada, como de la más ardiente. Nada hay tan halagüeño como el *harmónico, sereno y despejado cielo*, y la variedad climatérica de este país, pues encierra elevadísimas montañas cubiertas la mayor parte del año de heladas nieves, fértiles campiñas y terrenos estériles, ardientes costas marítimas, llanuras templadas, tierras áridas y secas casi siempre, y otras jubertas de véndor constantemente y regadas por un sin fin de ríos y riachuelos. Diversas y escarpadas cordilleras de montañas recorren la España en diferentes direcciones, formando entre sus ramificaciones, y entre sus caprichosas vertientes, cuencas fertilísimas más ó menos dilatadas, angostas desfiladeros, estrechos y profundos valles, entre los cuales unas veces casi ocultos por la vegetación, y otras veces descubiertos, corren un considerable número de vivificadores arroyos. Sus rios principales van diseminando en distintas direcciones sus cristalinas aguas, hasta que se ocultan en el mar; y las ensenadas, bahías y puertos de las costas, bravas y peñascosas en algunos lugares, ofrecen asiado y seguro asilo á los navegantes. Todo género de granos y ganados, cuyas lanas son de las más estimadas del mundo, las mejores frutas y legumbres, y los vinos más exquisitos se cogen en la península. Abunda igualmente de arroz, aceite, almendra, azúcar, miel, azahar, cáñamo, lino, seda, algodón, sosa, bayeta, corcho y multitud de plantas medicinales; y sus montes suministran maderas de construcción y mucha casa, y sus dilatadas riberas sabrosas y abundante pesca. Minus de toda clase de metales, como oro, plata, mercurio, cobalto, cobre, plomo, estaño, hierro, piedras preciosas, carbon de piedra y otros minerales, completan los productos de un suelo cuya riqueza y fertilidad han escluido siempre la envidia y la codicia de los extranjeros.

A tan natural y espontánea prosperidad uníase á mediados del siglo XVI la preponderancia que daba á la nación española el gran poderío, y la respetable estension de sus dominios. Al heredar Felipe II en 1556 el trono de su padre el emperador Carlos V, pudo contemplarse soberano el más poderoso de toda la cristiandad, y no idear con una monarquía gujante, indivisa y brava, el logro de la tan decantada monarquía universal. Castilla, Aragón y Navarra en la península, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milán, el Rosellon, los Países Bajos y el Franco-Condado, las provincias de Túnez y de Orán, y las islas de Fernando Pó, de Anobon y de Santa Elena, en las costas occidentales del África, le constituían ya de por sí el rey prepotente; cuando no los reinos de Méjico y del Perú, las islas de Cuba, de Santo Domingo, Mértica, Guadalupe y Jamaica, las provincias de Tierra-Firme, Nueva-Granada y Chile, Paraguay y Buenos Aires, y aun después las

islas Filipinas, le enriquecían con continuos raudales de oro y de plata, y le aseguraban su corona con un manantial perenne de preciosidades.

Sus escuadras, ya poderosas de por sí desde el reinado de los Reyes Católicos, engrandecíase sobremanera con su enlace con María Tudor, quien le puso á su disposición ejércitos y armadas inglesas, y tanto con ellas como con la pericia consumada de antiguos capitanes, conservaba fácilmente todos sus dominios, sin temer qué recurrir al poderoso medio de las armas. Estas, puestas al mando de hombres esclarecidos, como Filiberto Manuel, el joven D. Juan de Austria, el duque de Alba, el príncipe de Parma, y otros, descolaban en todas partes por su invencible valor, heredado al par de sus banderas desde el inolvidable tiempo del Gran Capitán; y la proverbial gallardía de las tropas campeaba y merecía siempre buen lugar entre tantas naciones de idiomas, usos y costumbres diferentes. No menos debía Felipe II un adelantamiento de su corona tan envidiable al poderoso brío de sus ejércitos y de sus armadas, que al cabal desempeño de la política de los vireyes de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, de Méjico y del Perú, y de los gobernadores del Milanés, del Franco-Condado y de los Países Bajos; pues personas todas escogidas y de su entera confianza le mantenían adictos aquellos estados, ya fuese por medios hidalgos, sin desahucio alguno, ya recurriendo á lo que marcara la ley, cuando se cometía algun desacato.

Al par del poderío de los ejércitos de Felipe, que cubrían de armas españolas y asalariadas á la Península, las mejores regiones del orbe, y al par de sus soberbias escuadras, que enseñoreaban ambos mares, su contar con las divisiones de navés de guerra que amparaban y vigiaban las costas de Galicia y de Guipúzcoa, de Nápoles, Sicilia, estrechos de Gibraltar y de Calais y aguas de los Países Bajos, corrían parejas la prosperidad interior de España, su agricultura, su industria y su comercio.

Cual si descomosara la España en lozano y rico florecimiento después de un reinado de los más famosos, y cual si se preparara á comenzar el de Felipe II, que debía ser no menos famoso, así hablan algunos historiadores de aquellos años, presentando la Península en un estado el más venturoso y placentero. La honrosa labranza hallábase en todas partes apreciada cual nunca se había visto. Añábase en ella multitud de robustos brazos, y presentaba el suelo la fertilidad y opulencia más amenas. Las Asturias y las Provincias Vascongadas verdeaban continuamente con vistosas praderas, donde representaban libremente numerosos rebaños. Aragón y ambas Castillas presentaban doradas y riquísimas mieses, y por la industriosa Cataluña y las Andalucías, siguiendo por las costas de Almería, Málaga y hasta Tarifa, brindaban los más incomparables dones de la naturaleza. Las márgenes del Guadalquivir, del Duero y del Ebro son las que aportaban casi espontáneamente los sustentos más sabrosos y delicados. Nada se echaba de menos: el vino y el aceite se cogian en abundancia, lo mismo que toda clase de frutas, miel y cera, lino, cáñamo, algodón, avena y demás cereales. La exportación de tan variados productos se hacia por medio de los numerosos puertos que rodean la Península, y algunos rios franqueaban el rumbo á barquichuelos mercantes hasta el interior de las provincias. Entre todas descolaba la vega de Granada, perpetuo vergel, enajado de estanques y atarjesas, que repartían el agua por todas partes; mercado á la actividad de la raza árabe, cimentada en muy crecido número por aquellas campiñas, y cuya rare habilidad agrícola cultivaba hasta las cumbres de las torros más tajadas y más escabrosas de las Alpujarras. Allí en la cresta más empinada de los montes aparecía la vid y el olivo, y lo mismo sucedía en muchos puntos de Cataluña y de Valencia; pues si era preciso para aprovechar un palmo de terreno, y podábanse de garfios y de cuerdas para subir á labrar el sitio vedado de pisar al más ligero gámo, y luego en concluyendo dejábanse caer en brazos de sus compañeros. Peregrino tambien era el sistema de riego de la huerta de Valencia; planteado por la morisma, pues un sin número de arequias y canchales la regaban con simetría y en todas sus partes. Roblábase en fin á sí misma la España, y aun sobraban holgadamente sus productos naturales para ser enviados á mil diversos y remotos países.

Otro tanto sucedía con la industria y con el comercio. Asaz nombrada gozaban los corcos, paños y sederías de Toledo, Cuenca, Ciudad-Real, Segovia, Granada, Córdoba, Sevilla y Beza. Avila y Medina del Campo competían igualmente con las fábricas de paños, de cuyo artículo abastecían casi toda la Europa. Barcelona enviaba sus tejidos á Nápoles, Sicilia, y hasta á Egipto, surtiendo por medio de sus atrevidas navés mercantes de trigo, sal, vino, especias, madera, y aun hierro, acero y plomo, á un sin número de países estranjeros, sobre todo hacia las comarcas de Levante. Los paños de Cuenca, Huete, Segovia, Valladolid y otras ciudades, los arneses y tafletes dorados de Córdoba, las sedas crudas y labradas de Granada, las bobas toledanas, los cueros y los bordados de seda, oro y plata de Toledo, las especias de Valencia, Ocaña y Lisboa, en fin, todas las manufac-

luras y productos de España, eran objeto de un animado tráfico en las nombradas ferias de Burgos, de Valladolid, de Medina del Campo y de Medina de Rioseco. Sobre todo, en la de Medina del Campo, atravesaban intereses muy crecidos por medio de monedas, barras de plata y oro, y gran número de letras de cambio. Hubo feria en que se asegura haber importado los negocios del comercio cincuenta y tres mil millones de maravedises, que son tanto como unos veinticinco mil millones de reales. Eran aquellas grandísimas ferias el emporio de la industria y del comercio, no solo de España, sino de otros países, pues tampoco faltaban entre variados artículos, lánicas, alfombras y ricos tejidos de Siria y de Berbería, cera, papel y mercaderías de Francia y de Flandes. Hablando de la de Medina del Campo, dice un escritor de aquellos tiempos (1): «En esta villa se hacen en cada un año dos ferias de las principales de España, donde concurren muy gran número de gentes, así de España como de fuera de ella. Es ver en este tiempo las casas, calles y plazas de esta villa, cosa muy de notar, con tantas gentes, tratos y mercaderías. Para aquí se hacen las libranzas de pagos, y se hacen los pagamentos de señores y mercaderes en muy grandes sumas. En tanta manera que el trato de Medina alcanza á todas partes de España, y aun á muchos de fuera de ella. Hay á la continua en esta villa muy grandes mercaderes que tienen tiendas muy ricas y abastadas de todas maneras y suertes de

mercaderías... De sedas, paños, lienzo y otras cosas de trato, no se puede decir lo que en ella hay... Es tanta la fertilidad de esta villa, que siempre se halla próspera y rica.»

Completaba el cuadro tan halagüeño de la prosperidad española en aquellos años el carácter siempre emprendedor de los habitantes de sus provincias, bañadas por el mar; pues bullían por las costas infinidad de naves mercantes, que desde los puertos de Cataluña y de Valencia, de Málaga, Sevilla y Cádiz, traginaban á Italia, al Africa y hasta á las Indias Orientales los productos de la península. La marina mercante española sobrepajaba á todas las del resto del continente, prosperando nuestros comerciantes en todos los mercados, desde Málaga, Perú, Lisboa y Berbería, hasta Venecia, Génova, Florencia, Nápoles y Milán, y aun en la misma Roma. Entre todas se alzaba Sevilla, cuya casa de moneda era famosísima. Ocupábanse en ella continuamente ciento y ochenta hombres batiendo moneda, y salían á todas horas recuas cargadas de oro y de plata amonedada, como si fuese cualquiera otra mercadería común. «Son tantas las mercaderías que en esta ciudad entran y salen, dice Pedro de Medina, que renta la aduana donde se pagan los derechos del rey, con otros partidos, cuarenta cuentos cada año. Y otra aduana donde se pagan los derechos de solo lo de las Indias, renta cada año quince cuentos. Cúrgense en esta ciudad, para solamente las Indias, mas de cien naos cada



(Iglesia de San Juan Bautista de Buitrago.)

año, de todas mercaderías, y la mayor parte de estas naos vuelven á ella cargadas de oro y plata y otras cosas.»

No solo era España la señora del mundo por su nombradía y riquezas y por sus poderosos ejércitos y armadas, sino que lo era también por la excelencia de sus artes sublimes y de su literatura, tanto amena y dramática, como histórica, filosófica y científica ó sabia. Tomó á la península en aquel entonces, así como había tomado á Italia años antes, el señalar el rumbo á artes y ciencias, encunbrándose al par de las armas á lo sumo de la fama y de la brillantez, y compitieron tanto la conquista de Granada y el descubrimiento de un nuevo mundo durante el reinado de los Reyes Católicos, como las gigantes empresas de Carlos V para abrir nueva senda y dar vuelo inmenso al nómén nacional. Las victorias de los pendones castellanos facilitaron el trato de las gentes en tal manera, que los artistas, apocados dentro de la península, se lanzaron, una vez sabedores de las riquezas de Italia, á estudiar los portentos que guarda aquel país clásico de las bellas artes. Multitud de pintores, escultores y arquitectos trasmigraron en busca de perfección en sus diferentes talleres; pero vueltos á su patria, en vez de contentarse con el remedo frío de los modelos, condijéron en fantasía y el genio ardiente de la península á crear por

si solos, á remontarse originalmente, y en suma á intentar un renacimiento. En cuanto á la pintura, de las cuatro escuelas principales, sobresalieron luego la escuela Madrileña y la Sevillana, y la escultura y arquitectura se perfeccionaron de tal modo, que nos quedan verdaderos primores de aquella temporada por manos de Alfonso Bercel, Navarrete, Juan Bautista de Toledo y Herrera. Desempeñó este último con gran maestría la perfectísima y grandiosa obra del monasterio de San Lorenzo del Escorial, y es tanta la admiración que causó á nacionales y á extranjeros, que aun hoy día pasa por la octava maravilla del mundo. En cuanto á las letras, baste decir que florecieron por aquellos años muchos escritores, ya poetas, ya provistos eminentes en toda clase de ciencias, entre los cuales merecen gran nota Hurtado de Mendoza, Oviedo, Las Casas, Lope de Rueda, Virvís, Froy Luis de León, Melchior Cano, Arias Montano, Antonio Agustín, y otros.

Mas difícil de bosquejar es el régimen político interior que siguió Felipe II luego de su adelantamiento al trono, que nó el estado de España en aquella época en agricultura y comercio, en armas, ciencias y artes; porque la nación estaba dividida no tan solo bajo el concepto político, sino también bajo el religioso. Cada provincia debía considerarse como un pueblo diferente: discordaban en legislación, en usos, trajes y costumbres, y sobre todo en el lenguaje que

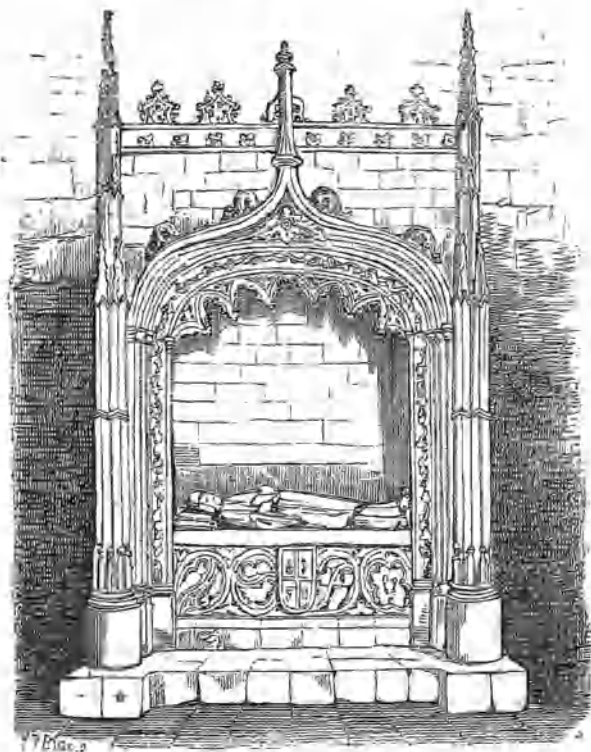
(1) *Grandezas de España*, por Pedro Medina.

estreche las relaciones por el afecto de la patria. Así es que uno de los mayores conatos de aquel monarca fué unir la legislación y las creencias en toda España, para cuya última empresa sirvióle muchísimo el tribunal de la Inquisición. Castilla era la provincia donde estaba en mas rigor la potestad Real de todos los demás estados que formaban la monarquía española, y aun la presentaban hartos tropiezos los *procuradores en Cortes*, los *cabildos* y los *ayuntamientos*. La concentración de todos los negocios de la península en diferentes consejos puso la administración en manos del rey, que por lo regular providenciaba por medio de sus cédulas. Aragón, Cataluña, Navarra y las provincias Vascongadas presentaban mas obstáculos al Real albedrío con sus añejas regalías é instituciones democráticas; pues Valencia debía considerarse como aneja al reino de Aragón. Esta variedad de reinos, no menos que el inmenso número de judíos y moriscos que cusjaban las provincias meridionales de España, hacían desear una unidad política á Felipe II que, como su padre, ambicionaba redondear el vasallaje de la península entera, y abarcar cuanto le fuese posible de países extranjeros. Quiso que la herencia de sus padres fuese el centro de sus dominios, y el mas fuerte cimiento de todo el poderío que veía ya retratado allá en su monte: pero quería que fuese un centro y un cimiento grandiosos, desde donde pudiese como desde un solo impercedero mandar sus ejércitos y sus armadas á mil leja-

nos y diversos países, é intentar el señorío de todo el antiguo y nuevo continente. Sin embargo, no lo logró mas que en el nombre, cuando Portugal se unió á su corona; pues si bien es cierto que pareció imposible formáran toda una nacionalidad aquellos territorios tan divididos, y tan trabajados con las guerras y los desmanes políticos en los siglos XIII y XIV, también es verdad que los habitantes de tantos pueblos diferentes en el habla y en el carácter, y aun en los trajes y costumbres, no se avinieron, ni aun lo están hoy día en sus respectivos intereses provinciales.

EL MONTE DE TOROZOS.

Acaso se sobresalte alguno de nuestros lectores con tan fatídico epigrafe. Porque todos hemos oido en la niñez resonar en nuestros oídos el nombre terrible de *Torozos*, en ocos de pavorosa y siniestra significación. Y no habrá quien no recuerde haber escuchado á sus abuelos мэdrosas aventuras, que lo dieron una fama tan funesta como imponente. Verdad es que *Torozos* llegó á ser la pesadilla de los cuadrilleros y ministros, el *timebant gentes* de los viandantes, la Troya de todo repleto y transeunte bolsón. Ya era un abad bendito,



(Sepulcro en la Iglesia de San Juan Bautista de Baitrago.)

caballero en poderosa mula, y precedido de zanjilargó espollista, quien al volver de un matórral, se hallaba con un jaque en fecha, que te hacía derballar los ahorros de diez años de contemplación y penitencia; ya es el intendente de rentas quien va asomar por las portezuelas de su coche de colleras los trabucos de cuatro guapos, que buscan lo que no se les ha perdido; ya, en fin, un destacamento de tropas ligeras anda á cintarazos con una bandada de inocentes, que se salen á distraer en el camino real. Con estas y semejantes andanzas el ensodicho monte llegó á ser mirado como el teatro de las mas horripilantes averías, hasta el punto de hacerse su nombre proverbial y autonómico. Si se quería encarecer la abundancia de *gente non santa* en Cortes y cortijos, luego venía el consabido *jesto es peor que Torozos!* Cuando algún mesonero se equivocaba á su favor en la cuenta del gasto, *¡ya puede irse á Torozos!*, se decían las víctimas á *sotto voce*. Para espesar cualquier galateador de contrabando los disgustos que le costará el paso de cierta escalera secreta, ocasionada á tropezones y encuentros de mal género con el amable tular ó el favorecido cónyuge, al punto salía con la obligada cantinela de *¡aquello es mas temible que Torozos!* *Torozos*, en suma, ha sido el lugar privilegiado de las fechorías soberbas, el campo de prueba para los descendientes de Caco y de Gines de Pasamonte, el aslar nativo de las celebridades de la vida airada, que lobaban los co-

pleros de callejuela en *nuetos y curiosos romancos*. Lo que para las brujas el *Nanrajal de Sevilla* y la *cueva de Barahona*, lo que para los mágicos la *gruta de Merlin*, y para los *ternos el perchel de Málaga* y el *barrio de Triana*, eso mismo llegó á ser *Torozos* para los que toman lo ajeno, á pesar de Dios y el rey. Caminante habia, que al divisar los matórrales á lo lejos, experimentaba mas calofríos que el mochaño en manos del rejijunto domine para una rubicunda verberación. A unos se les antojaban los carrascos montones de helidos y mallrechos transeuntes; otros convertían las atalayas en riclópeos y amenazadores ginetes; y quien se imaginaba robado, aporreado, y muerto y resucitado, á pesar de llegar á la posada con granas de comer. Y contaba después muy formal y al amor de la lumbre en las noches de invierno el estupendo caso, mientras su consorte moqueaba con disimulo, las nodrinas se hacían cruces de cuerpo entero, y el saeristan, el fiel de fechos y el herrador le oían con un palmo de boca, al son de los ranqueros del señor cura, que suecumbió á la elucuencia del historiador.

Con tan trágica pintura y pavorosas habilitas se imaginaba, y aun imagina todo el que no conoce el lugar del drama, que *Torozos* es un paraje horrible, lleno de espesuras y barrancos, fragosidades y precipicios. Y no hay quien deje de forjarse una decoración de grande espectáculo, con cuantos detalles y aditamentos sea del caso para el

efecto teatral. Pues nada hay de eso, amado público. La realidad desmenua la ilusión. Torozos es una hermosa delicia de robles, plaza como la superficie de un lago, verde como un jardín de Gesner, y apacible como un paisaje de Arcadia. Figúrate una inmensa pradera de vistoso césped, donde triscan alegremente innumerables rebabos, cuyos vallores resaltan agradablemente en la pintada alfombra. Sobre el fondo alegre y vivo del otro haz energético contraste el matiz oscuro del robleal vastísimo, que salpica los contornos con melancólicos y misteriosos bosques, cruzando de E. á O. el inmenso páramo situado entre Medias de Bóscosa y Valladolid. Su forma es un paralelogramo desigual, que forma parte de la cordillera de montes que abraza del Pirineo, y va á terminar en Portugal. Esta dilatada faja de montuosidad se corta en algunos puntos, marejando dividida en brazos, y dando origen con esta circunstancia y la degeneración de aquel vocablo al nombre de Torozos, que lleva el pedazo correspondiente á la ciudad en cuyo término radica, y que le hace entre los naturales titular también monte de Melina, en la extensión de una legua de longitud, y media de anchura. Toca por el E. con otra fracción de la zona, que lleva el nombre de Nava-buena, y se enlaza al O. con la nominada las suertes de Peñafior; se prolonga al monte de la Espina, sigue á los de Gracía, continúa por el del Rey, y dilatado hasta los de Mirrenula, toma el nombre de la Cobilla, y en derecha á Braganza penetra en el territorio portugués. Esta circunstancia y la copia de su arbolado han sido causa de ahigarse en Torozos los bandoleros de esta comarca, seguros de la impunidad y mejor éxito de sus correrías. Nada más fácil para el crimen que evadir la persecución entre unas espesuras que en parajes no permiten ser batidas, y pudiendo guarecerse por cada cabo en un país extranjero á mansalva y sin temor en tan dilatada extensión de bosques.

Pero ya pasó el tiempo de tales aventuras; que es ahora la época de los héroes de camino. Torozos pues no ofrece el menor riesgo á los viandantes mas incermes. Así es que la calzada general de Asturias que le atraviesa, se pasa á todas horas y en cualquier tiempo con seguridad y desahogo. Verdad es que los progresos en el sistema de viajes van haciendo cada vez mas raros los ataques á mano armada. La construcción de caminos, las postas y la vigilancia sobre las vias, hacen ir desapareciendo aquellos tiempos en que el atemorador apóstrofo de la balda ó la oída sorprendía al pasajero en cada desfiladero y tras de cada maternal. Y los ferro-carriles, al fin, vendrán á concluir con la torva profesión. Por eso ha variado de medias, de campo y hasta de nomenclatura. Los bandoleros se llaman ahora *tomadores del dar*; no se roba en los caminos, sino en las calles; las campañas no se hacen en los bosques y sierras, y si en los templos, teatros y calés, el Torozos moderno. La astucia ha sucedido á la violencia; la fuerza bruta cede el campo á la refinación del talento. El ladrón actual es un tipo enteramente diverso del ladrón de antaño. Indudablemente hemos perdido en la transformación. Hay otra cosa además.

Hubo un tiempo en que el bandido español era considerado á la luz de ciertas exageraciones romancescas, y tenía á los ojos del vulgo un colorido bizarro y sentimental. Esta precepción plebeya tiene su explicación. Nuestro pueblo tiene en su fantasía algo de oriental, y gusta de lo ideal y extraordinario. Luego que el buen romance concluyó con las últimas hazas de nuestros héroes; después que Cervantes mató de un plumazo los libros de caballería; y cuando el despotismo civil y fanático dió al frasco con las nobles inspiraciones de la literatura, apagando el fuego de la libertad, el pueblo tuvo que buscar nuevo pasto para su imaginación. Y como en el mariano intelectual se vicia el gusto, se corrompe el criterio y se ofusca el buen sentido, halló ante su mirada la fabulosa y trágica existencia del bandido, cuyos riesgos, hazañas y aventuras deslumbraron su atención. Y á falta de otros objetos bastantes á alimentar la necesidad de impresiones maravillosas, se fijó en ese, sin tener en cuenta las conveniencias morales, y fascinado por ciertos rasgos arrogantes. Notaba efectivamente en aquella personificación sendos arriños de bizarría y gran temple, algo de fantástico y superior á la condición ordinaria de su esfera. Se cuentan aun muchas anécdotas y dramáticos leones de famosos mercedarios. Ya uno que salvó el honor de acuitadas meltradas contra la brutal violencia de sus camaradas; ya otro que robó á un mayordomo y regaló á un apodisero el fruto del despojo; ya en suma se refieren azarres que daban al bandido cierto aspecto teatral, haciéndola una especie de aventurero áudaz *sui generis*. Esas acciones se explican por la índole del carácter español y del espíritu local. Nuestro pueblo por su naturaleza, historia y temperamento tiene mucho de romántico y extraordinario; este es el país de las aventuras y bizarrías; entre nosotros el valor y la audacia á empresas desconocidas obran en grande sobre los corazones; aquí resplandeció el genio novelesco de los tiempos heroicos: España es la cuna de la magia. Estos matices genéricos de nuestra psicología, inseparables del individuo, se revelan en cada personalidad según sus circunstancias. Ese fondo esencial del carácter no puede borrarse,

como todo lo que es consustancial é inherente. Así pues, subsiste aun bajo la presión de situaciones incompatibles, y se deja vislumbrar al través de la corteza exterior en degeneradas entidades. Brilla como una chispa en la oscuridad, trasciende como el aroma de una flor en vaso de barro sepultada. El bandido, á pesar de la degeneración inherente á su estado, no pudo desprenderse de los instintos característicos del país, y estos se traducen de vez en cuando en actos generosos y hasta poéticos. Y el pueblo, que no analiza, entienda que eran efecto de su condición excepcional, en lugar de mirarle como vestigio desfigurado de influencia fisiológica de última universalidad. Y creó un tipo donde no había mas que una degradación. Y nació en su fantasía aquella figura contradictoria y facticia que dió materia á las coplas y romances plebeyos, que fué popularizada en *polos y jácenas*; y que alcanzó cierta nacional celebridad, especialmente bajo el traje pintoresco de Jerez y el puerto de Santa María. Pero ese tipo ha pasado ya, aunque en vano se afanan por resucitarle en las desdichadas comedias andaluzas. Si allí en otros días, por una aberración del buen sentido, pudo ocurrir el absurdo de poetizar á José María y demás personajes de su laya, presentándoles á los ojos del vulgo con ciertos matices engañosos y prestándoles algo de novelesco, há ya tiempo que un gran poeta y magistrado insigne (1) levantó su acento contra tan falaz y peligrosa paradoja. Y no será hoy cuando las cosas tomen á mirarse á tan falsa y antojadiza luz. El bandido romancero ha muerto como *El manolo del Anapís*, *El abate de Cruz* y *el caballero andante* del inmortal Miguel. Torozos pues no conserva de una época que pasó para no volver, mas que su terrible celebridad. Pero de lejos aun asusta. Por eso hemos visto afectarse de los nervios al bello sexo, cuando referíamos nuestras alegres *caerías* en Torozos; y casi no nos permitía decir que en su rústico caserío se pasa la noche al modo que dice el poeta:

«Durmiento á pierna tendida
de la noche á la mañana.

Por supuesto, después de suentada cena, en torno del chispiante y espacioso fagon, y pensando en los discípulos de *Gertas* así como por los carros de Ubeda. Y cuando íbamos á la Piaciana universidad al regreso de vacaciones en dias de *nieve y fortuna*, proferíamos media hora en Torozos refociándonos con sendos tazos en la vera del hogar, á todos los caminos reales y no reales de la cristiandad y á la mismísima *via lactea*. Si alguna de vosotras, amables lectoras, siendo bonita, menor de edad *et aliquid amplius*, gusta de las soledades bucolicas, puede venir sin cuidado á Torozos, en la seguridad de que si algo se roba entonces, serán sus ojos los ladrones de un quehrido y asendereado corazón.

V. GARCIA ESCOBAR.

LA ARISTOCRACIA EN VENECIA.

(Continúa.)

Venecia es de mudera; á cada día nace; pero qué rápidos y magníficos engrandecimientos encierra su porvenir! Aparece su *Palladium*, que ha robado piadosamente de Alejandría; llega el *Bienaventurado* de su leyenda popular, el celestial *navegante del mar de Aquilea*, y entra triunfador en el puerto. ¿Es el cuerpo de San Marcos, que tomó posesión de su ciudad bendita? Dichosa ciudad, que guarda en su seno aquellas fecundas reliquias! Venecia y San Marcos se han encontrado y estan mudos! San Marcos es el patron, el páneo, el héroe predestinado de la ciudad! San Marcos es todo su existencia! Entonces empieza Venecia; lanza su grito nacional: *Marco! Marco!* y su leon desplega las alas.

Por espacio de 600 años Venecia desenvuelve su genio bajo todas las fases imaginables, como tras su fortuna, continua su movimiento de ascension.

Engrandeciéndose entre los dilatados imperios, el de Occidente que reside en Alemania, y el de Oriente que está en Constantinopla, en un principio maneja sus relaciones con prudencia, los contenta y entretiene con insignificantes homenajes; al primero le envía todos los años en tributo un manto tejido de oro; al segundo le envía todos los segundos un ilustre título de soberanía y de honorífico patronato.

Entre tanto adquiere en modo de ellos un rico dominio propio é incontestable. Bajo el gobierno de sus duces, reyes electivos y populares, entre los cuales se cuentan Pedro Ursulo II. y Ordelaf Faliero, se ensueñora de la costa oriental del Golfo, destruye en ella á Narenta y á los piratas que la amenazaban; soberana y protectora de la Istria,

(1) Meléndez Valdés.

de guerra de Dalmacia, reina del Adriático, conocida y solicitada por los príncipes de la Europa, representada por sus embajadores cerca de los Sultanes de Egipto y de Siria, gozando privilegios y atenciones en la persona de su Baile, ó ministro en Constantinopla, ha adquirido título de nación y jefe de estado.

En territorio, su jurisdicción, su conquista, es el golfo, es el Adriático, cuya investidura y pleno dominio va á recibir de mano del jefe de la cristiandad, para que nadie navegue por aquellas aguas sin su permiso. Es poco todavía: apenas se ve puesta en posesión del Adriático, cuando llega á Levante convoyando la cruzada ó hostiándola por su cuenta.

En Siria estúpida á favor suyo un cuartel, en Ptolemaida la tercera parte del Tiro y de Ascalon, una calle en cada ciudad, privilegios y franquicias en todos los puertos. En su poder se halla el camino de la tierra Santa; con sus galeras construye un puente para los cruzados. ¡Qué inmensos beneficios, cuánta gloria le proporciona la cuarta cruzada! Enrique Dandolo su dux, centenario y ciego, es quien la manda; y recobrando á Zara, más querida de Venecia que el santo sepulcro, marcha á lanzar del trono de Constantinopla á los Comnenos, no tanto por castigo de que le hubieran hecho quemar los ojos, como por ganar para su patria los tesoros, los mares, las tierras del Oriente, la cuarta parte de Constantinopla, las ciudades del Pontobuxino y de la Propóntide, del Asia menor y de la Tracia, el Peloponeso, el Archipiélago y aquella maravillosa cadena de puertos y de islas que se estenden desde el Bósforo al Golfo Adriático: 500,000 marcos de plata y los más brillantes despojos cupieron en suerte á Venecia en la división del imperio griego. Ciudad de 200,000 almas, tiene muchos millones de súbditos, refugiados miserables de las lagunas; sus ciudadanos se elevan con la espada y con su valor á duques de Gallipoli, grandes duques de Lemnos, príncipes de Naxos y de Paros, nobles vasallos y feudatarios de la república; su dux, por último, desde simple duque de Dalmacia, llega á adquirir el derecho de vestir el imperial brocado, de calzar purpúreos borcegutes, y de intitularse señor de cuarta y media parte del Imperio romano.

«DOMINE QUARTAE PARTIS ET DIMIDIAE IMPERII ROMANI.»

En medio de estos progresos gigantescos la constitucion varia, ó mas bien su natural deslave, su tudele particular le fijan, le dan consistencia, y la hacen tomar una forma original en Venecia. La señoría absorbe poco á poco al poder monárquico de los duques. La aristocracia se establece poderosamente, y llega á constituir por el solo todo el estado. Su responsabilidad comienza. Estamos á fines del siglo XVIII.

Hubo un momento en que se creyó que iba á decaer Venecia, pero fué para elevarse mas todavía. Tomando que disputar sus recientes conquistas, el Levante, el Archipiélago, el mar Negro y el Bósforo contra los griegos, los bizantinos y los genoveses, se vencida por estos últimos. Pierde la Siria, la Dalmacia, hasta el mismo Adriático que defendía celosa como una propiedad suya. Vese sitiada, reducida tan solo á la Isla de Malamocco, sin comunicacion con sus colonias; y Génova, su vecinadora rival, tremola su bandera en Chiocza, domina las lagunas, y convoca á la Hungría y Tierra Firme para destruir con golpe seguro á su comun enemigo. Víctor Pisani, Carlos Zeno y el patriotismo de algunos ciudadanos oscuras la salvaron de tan inminente peligro. Un siglo (el IV) fué bastante para que triplicase su dominacion.

En el Adriático, en Levante, es el terreno de la Italia. Por aquella parte la política y la guerra le proporcionan la adquisicion de Tierra Firme, el Friul, el Trevisano, el Paduano, el Vicentino, el Veronesado, la Polesina de Rovigo, Brescia, Bergamo, Crema y Ravenna. Cuenta con 2,000 leguas cuadradas de territorio, sin incluir el Oriente: posee toda el litoral que se estiene desde la embocadura del Pó hasta la estremidad oriental del Mediterráneo: la Grecia y la Italia son sus *arabales*, como dice el historiador SABELLIGUS. (Década 4, lib. 5.)

Nacida del mar, y sosteniéndose en él, Venecia debió sus fuerzas, sus tesoros, su imperio, únicamente á la marina, que mercantil y guerrera á un tiempo, la conquistó el comercio general del mundo. ¡Qué mecanismo tan fuerte y poderoso el de Venecia! Su cuerpo es la laguna con mil arterias; mil canales en que circula el mar como la sangre; sus miembros, los innumerables navios que llevan á todas partes su pensamiento y su acción, su aliento y el aire que respira, todas las brisas y todos los vientos; su espacio y sus conductos de comunicacion, el Nave la múltiple embocadura de los rios, al Sud los cinco canales que le abren paso para todas las costas; su alimento en fin, su sustancia y el manantial de su vida es aquel arsenal, ciudadela, puerto, almacén, inmenso astillero, aparato monstruoso que se compone de cinco salas de armas fabricadas de hierro y acero, de cinco fundiciones donde el metal hierve á todas horas, de tres cocinas que absorben el mar húctido y foudadero, de la Rana donde máquinas desconocidas inercen cables de 300 piés: laboratorio misterioso y profundo que distribuye

el trabajo en cien subterráneos á 16,000 brazos que trabajan á la luz de las antorchas, que manipula todos los elementos, absorbe y consume bosques, metales, cocinas de cáñamo, y los metamorfosis, los convierte en galeras y en escuadras equipadas, dispuestas y batidas al agua con tal celeridad, que no llega á las luras el tiempo empleado por cada galera.

Fuésle pues fácil á Venecia llegar á ser en su tiempo la primera potencia marítima y comercial. Ella era la única que tenia 56,000 marinos y 11,000 soldados de marina, 4,000 navios mercantes, escuadras en Siria, en Egipto y en el mar Negro, 30 galeras de guerra, entre pesadas y ligeras, con velas ó con remos, con puentes de abordaje ó con torres de sitio. Ya en el siglo IX tenia navios de tres pálos, y para suplir los cañones y la artillería estaban armadas sus galeras de bombas que vomitaban el fuego griego por la popa y la proa. A todas partes llevaba ó imponía su comercio; no había puerto que no fuese visitado por ella, desde Cádiz á la laguna Meotides; en el siglo XIII su viajero Marco-Polo hacia investigaciones en el Asia; sus bugarias servían de moneda en Calicut, antes de Gama; sus botones de pasta y sus perlecillas de Muranos adornaban á los mandarines chinos y tartaros, antes de Colon. Los productos de su comercio ascendían á 20 millones de ducados solo en la Lombardia; beneficiaba 400,000 en sus relaciones con Florencia.

Fácil es establecer la proporcion de estos productos con los demás, considerando que ella recibía por todos medios industrias preciosas y envidiadas de todas las naciones, adquiría de los infieles ó de los cristianos por tratados ó por guerras, por compra ó por tributo, privilegios y franquicias para su comercio, arrendaba las aduanas de los demás estados, arruinaba toda concurrencia, y creaba de este modo para sus mercaderes enormes ó infalibles ganancias. De este modo obtuvo por espacio de algunos siglos el monopolio del comercio, y las riquezas del mundo. Conservóse un emblema de lo que era entonces; aquella *dogana di mare* (aduanas del mar), edificio que se levanta sobre una punta de tierra, casi enfrente de San Marcos; encima de la columna que descansa una torre coronada de un gran globo de oro; por lo alto del cuerpo se lanza en medio de las nubes la estalua de la fortuna.

Al llegar á este encumbrado punto de esplendor y poderío, entervada bajo el peso de la gloria y de los tesoros de que la habian colmado el comercio y la política, la navegacion y la guerra, Venecia se hallaba revestida de un aparato conveniente á su gloria y al rango que ocupaba en el universo. La ciudad de madera, triste y miserable, no era ya la del tiempo de Angel Participazio, sino que aparecía ya á los ojos de sus contemporáneos como una ciudad mas triunfante que habian visto los siglos. Estaba construida de mármol, de mosaico y de oro. Tres generaciones de eminentes artistas la habian edificado, esculpido y pintado: todos los países y todos los siglos la habian embellecido á competencia: árabe, bizantina, griega é italiana á un tiempo, brillaba con toda la variedad de estilos. Su maravillosa *basilica de San Marcos* fué obra de ocho siglos; el genio de Calendario principió el *palacio ducal*, que perfeccionó Sansovino: obras maestras de Bartolomeo y Niccolò Pisani, de Palladio y de Scamozzi. son todas aquellas basílicas que cubren la laguna, y tantos palacios como desuelan á lo largo del Brenta y del canal Grande; y toda aquella admirable arquitectura la adornaron los mas encantadores señores de Bellini, de Bassano, de Tintoretto, de Ticiano, del Veronesi. Entonces, y desde lo sito del *Camparion* de San Marcos, era cuando se podía ver á Venecia: como la vió Canaletti, y sus estatuas, sus cúpulas, sus columnatas, sus inmensos muelles, sus 500 puentes, su mar y cielo azulados, sus estandartes, sus banderas jaspeadas y flotantes, y sus inmensas líneas de perspectiva aérea, que aun hoy la revisten con las formas de una ciudad encantada.

CARTA ESCRITA A DON JOSE CADALSO.

EN 17 DE ENERO DE 1774.

POR DON TOMAS IRIARTE.

Alá te guarde, ya que por nacido en Jaudala ser moro te imaginas; ó bien ya que le has ido á hablar las escuelas Salamanca, de las ciencias espanta (!); do el latin de breviaría abunda tanto con un *Domus tecum* te saludo; y si este es cumplimiento de estornudo.

(!) Se dice que Salamanca es espanto de las escuelas, no porque respante con ellas, sino porque de tal modo le ha asustado de sí, que no usa y talia usa.

te diré en estilo de mi abuelo
santos y buenos días os dé el cielo.

A mí no me los da buenos ni santos,
pues acaba de darme mil quebrantos
como un dolor de muelas, *verbi gratia*,
tan descortés é ingrato,
que ha tenido la osada pertinacia
de no dejarme un rato
para escribirte carta larga ó corta;
pero vamos, amigo, á lo que importa.

Llena está de pesares y de tedio
esta gran villa al ver que en un instante
se han muerto sin consuelo ni remedio
el hermano José y el Elefante,
De la naturaleza monstruo el uno,
el otro de virtud monstruo igualmente,
fuéron pasmo y delicia de esta gentía
ya por mucho comer, ya por ayuno.
Oye la historia que con hechos ciertos
te contaré de los ilustres muertos.

Vino á Madrid, señor, el Elefante,
y escoltado del pueblo y de la tropa
paseaba las calles arrogante.

El suceso mas grave de la Europa
en Madrid no causará tanto ruido
como atención un bruto ha merecido.

Por esto con la musa ya caliente
dijo un amigo entonces lo siguiente:
«Si fuera yo el famoso rey prusiano,
»que á todos los guerreros sometiera,
»ó el inmortal Virgilio y escribiera
»de la Eneida el poema soberano;
»si fuera yo Platon, ó Quintiliano,
»si Dalembert, Lineo ó Newton fuera,
»Leibnitz, ó Boerhave de esta era,
»un Locatelli, un Garrik, ó un Tlicann;
»te juro por quien soy que renunciaré
»toda fama y aplausos al instante,
»y que por humildad me contentara
»con que de mi persona en adelante
»esta gran corte la mitad hablara
»de lo que da que hablar el Elefante.»

Sacáronle tonadas y cuartetos;
en dolantales, cõñas, manteletas
elefantes pintados se veían,
y en las mesas por modas se servían
elefantes de carne, dulce, y masa;
elefantes sin tasa

tuvimos que sufrir por varios modos
en la conversacion, en los apodos,
en cartas, en escritos publicados,
en sermones, sainetes, y plagados
nos vimos al segundo ó tercer dia
de enfermedad llamada *Elefancia*.

Cuadrúpedo tan célebre y extraño
á principios deste año
falleció en Aranjuez; y se asegura
que ya en Madrid con todo afan procura
cierta cuadrilla de poetas zãños
componerle una carga de epítafios.

Feliz tú, ¡oh director del gabinete
de Historia Natural! ¡Ah! con qué gusto
habrás pillado ya (pues te compete)
la piel y el esqueleto de la bestia,
y aquel tronco de carne tan robusto,
cuyos elogios callo por modestial

Mas si fué golpe duro é inhumano
el que esta adversidad causó á la plebe,
no ha sido, no, muy leve
el de la muerte del devoto hermano,
descalzo carmelita, y santo lego,
que miró las riquezas con despego,
como que á su convento cada dia
ocho duros ó diez llevar solía,
que corriendo en Madrid ocho cuarteles
sacaba de limosna de los fieles,
hechas á frailes que llorando duelos
con su vida ermitaña,
poseen todo el reino de los cielos
y dos térceras partes del de España.

Hubiera de llenar un gran volumen
solo con emprender aqui el resumen
de la vida ejemplar de aquel bendito.
Pero solo te cito

la rara fé de una virtuosa dama
que siempre al levantarse de la cama
se lavaba con agua en que el hermano
antes soldado habia
el churre de su rostro sobrehumano;
cuyo fioc compraba la señora
con plata que el prior hoy atesora.

Del beato indagó la gente pia
que atravesando calles enlodadas,
llevó las alpargatas siempre aseadas.
Y desta ligereza no me digas
que es ilusión de viejas santurronas;
pues sin doblar las débiles espigas
corren por una mies las amazonas,
que así en la gatomaquia el docto Vega
por cosa bien sabida nos la alega.

El venerable (honor de Carmelitas)
llevaba á prevención bajo el sobaco
entre mugre, sudor, vello y tabaco,
unas pasas, anises ó almendritas
que á las hembras devotas,
y á machos que mas que hembras son idiotas,
él daba por fragmentos milagrosos
y ellos se los zampaban fervorosos.

Este socorro espiritual y santo
ha faltado á este pueblo que al momento
corrió bañado en llanto
del hermano al solemne enterramiento.

¡Oh! quién te diera ver allí la furia
con que el vulgo animado de confianza
al cadáver haciendo honrosa injuria,
se atropa y se abalanza
á destrozár el hábito sagrado
y arrancar del difunto medio lado!
Ya del escapulario uno hace presa,
otro da ya por suya la capilla,
aquel los pelos del fraileuco mesa,
este una oreja por fortuna pillá.

En cueros me habis dejado al pobrecito:
pónenle segundo hábito y tercero;
mas de la plebe el hábaro apetito
reliquias los volvió como el primero.
Predicánsese exequias... ¡Qué concurso!
¡qué lloros en el templo! ¡qué alboroto!
Déjame suspender aquí el discurso,
pues solo con palabras mal denoto
lo que apenas aun viéndolo creyeras...

Esto escribia cuando las parleras
voces que en este público inconstante
cada hora derrama
la engañadora fama
pregonan que no ha muerto el Elefante.

Vuélvome atrás; no hay nada de lo dicho,
y perdone el muy bicho
que no soy yo el autor del testimonio.

Quédate en paz, Madrid, dia de Antonio
el que enseñó á criar puercos cebones:
él te libre de malas tentaciones,
y tan solo te dé la de escribirme,
pues Iriarte es tu amigo siempre firme.

Mas debe apreciarse un hombre sabio que se esplique mal, que un
ignorante que hable bien.

Todo hombre puede engañarse; pero solo es propio del necio per-
severar en el error.

El hombre grande confiesa gustoso que ignora muchas cosas, y
que siempre tiene necesidad de aprender para instruirse.

Decía un antiguo filósofo: No sé mas que una cosa, y es que no sé
nada.

Preguntaron á Diógenes cual era la cosa mas pesada que hay
sobre la tierra, y contestó que un hombre ignorante.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO é INSTRUCCIÓN, á cargo de D. G. Alhambra.